

# UN POETASTRO MURCIANO EN EL MADRID DEL XIX

ANTONIO CRESPO

## **Resumen:**

Diego Rabadán, nacido en Murcia, se estableció en Madrid a finales del siglo XVIII o comienzos del XIX, dedicándose a la compraventa de libros viejos. Escribió numerosos poemas disparatados que provocaron la burla y los falsos elogios de sus coetáneos; alcanzó así una insólita aunque efímera fama.

## **Palabras clave:**

Libreros, plaza de las Descalzas, sonetos, poetastros.

## **Abstract:**

Diego Rabadán, born in Murcia, established himself in Madrid at the end of the 18th or beginning of the 19th century. He made a living from buying and selling old books. He wrote many extravagant poems which provoked the mocking and the false praise of his age group. He then reached an unexpected though ephemeral fame.

## **Keywords:**

Booksellers, plaza de las Descalzas, sonnets, bad poets.

En una galería de murcianos extravagantes, de tipos que rompieron de algún modo el status de su tiempo, ocupa lugar destacado un individuo llamado Diego Rabadán, habitante de Madrid a principios del siglo XIX y enloquecido de delirios poéticos.

*El Semanario pintoresco* y *La Ilustración española*, en ediciones de aquella época, dan breves pero útiles noticias sobre el personaje en cuestión y reproducen varios de sus increíbles poemas. También lo menciona Mesonero Romanos en sus *Memorias de un setentón*. El escritor Felipe Pérez González, que alcanzó cierto relieve literario en su día, nos aporta algunos datos significativos, especialmente el importantísimo de su procedencia murciana. Se refiere, entre otras cosas, a unos humorísticos (e inéditos) “Apuntes para la historia de don Diego”, de autor desconocido, que circulaban por la Corte para risa de muchos y que comenzaban así:

Contaré las aventu[ras]  
de un mal poeta murcia[no]  
a quien pésimas lectu[ras]  
la cabeza devana[ron].

Murciano, pues, de nacimiento –pues nada prueba lo contrario–, Rabadán marchó a Madrid en su juventud y se dedicó al modesto oficio de compraventa de libros viejos. Lo malo fue que sus ocios eran muchos y los consagró a lecturas disparatadas. Como a don Quijote, se le pasaban los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio. Sumido en un delirio creador y amparado en su facilidad versificadora, se lanzó a la loca aventura de escribir y dar a conocer sus poesías. Pronto, se creó a sus alrededor un grupo de supuestos admiradores de sus versos, que lo estimulaban y engrañaban: gentes desocupadas, parásitos de la sociedad, vividores de la engañifa diaria... Algunos periódicos, como *El Diario de Madrid*, contagiados por el mal gusto de la época, abrieron sus páginas a los desafueros literarios de Rabadán, para risa de sus lectores. En uno de estos poemas, el soneto pastoril “A los Santos Reyes Magos”, mezclando lo divino con lo humano, terminaba cantando con entusiasmo el retorno de Fernando VII,

pues que tenemos ya dentro de casa  
al mayoral virtuoso, ¡el gran Fernando!

Se instaló como librero de viejo en la plaza de las Descalzas, en pleno centro del viejo Madrid, y allí era muy visitado, a lo que parece, por tipos relacionados con la literatura, amigos de chanzas y burlas, que celebraban con grandes elogios sus “creaciones” poéticas. Un clásico dijo que “no hay nadie más seguro de sí mismo que un mal poeta”, y Rabadán cayó en la trampa de creerse un escritor importante, alentado por el coro de imbéciles que lo jaleaba. Contagiado de los más pedantes versos de los poetas de su entorno, se atrevió a darnos nada menos que la definición del soneto. Era esta:

El soneto es poema bien sucinto,  
de leyes rigidísimas, severas,  
que en ficciones y cosas verdaderas  
nunca debe salir de su recinto.

Terrible complicado laberinto,  
 nivel de burlas y compás de veras,  
 que suele remontarse a las esferas  
 mejorando de Apolo en tercio y quinto.

Sus partes han de ser todas perfectas,  
 derivadas de un solo pensamiento,  
 sin estribos, tacones ni muletas.

En los fines está su encantamiento  
 y es la piedra de toque de poetas,  
 o el Caribdis y potro de tormento

Según Pérez González, las gentes de buen humor le escribían “rimbombantes elogios que él tomaba por verdaderos” y le entregaban supuestas cartas de reyes y magnates europeos, en las cuales, además de ensalzar sus virtudes poéticas, le concedían grandes honores y condecoraciones imaginarias. En este aspecto, Rabadán nos recuerda a otro murciano, Pedro Boluda, que a principios del siglo XX, escribió versos delirantes y aceptó honores y medallas (pura hojalata) de la “grandeza” mundial. La diferencia entre ambos es enorme, sin embargo: Boluda fue un hombre bondadoso e ingenuo, de cerebro trastornado por el asesinato de su único hijo, mientras que Rabadán, según todos los indicios, se nos aparece como un tipo pretencioso y petulante, convencido de su alta calidad poética.

Leemos en *El Semanario pintoresco* que en aquellos años muchos poetastros “hacían sonar sus desapacibles voces, semejantes a los graznidos de la rana en un estanque abandonado por los cisnes” y que varias muestras de tales cosas se encuentran en la prensa de los años 1914 y siguientes. En relación directa con Rabadán leemos: “Al frente de aquella cohorte de coplistas, madrigaleros, anacreónticos y elegíacos descollaba el célebre don Diego Rabadán (...), un verdadero tipo de caricatura poética”.

Era, pues, un personaje de cierto relieve –burlesco, claro– en el ambiente madrileño de su época, y, en medio de todos sus disparates, logró versificar con alguna destreza, al margen de sus inmensos ripios. Además, hacía alarde, a veces, de cierta erudición sobre el mundo mitológico, con lo cual podía enmascarar la inanidad de muchos versos. Esto se nota, por ejemplo, en su soneto a la muerte del infante don Antonio, escrito de esta guisa:

Ya vencidos de Acuario los rigores  
 que aprisionan a líquidos cristales,  
 y del Aries y Tauro criminales  
 resultas de los eólicos furores:

Cuando Febo aproxima sus ardores  
 desatando a Neptuno los raudales,  
 y Amaltea sus galas y caudales  
 manifiesta con célicos primores:

quiso el cierzo terrible y dominante  
de su cruel aridez dar testimonio,  
arruinando a la España su Almirante.

¡Neptuno, Thephis, Céliro y Fabonio  
eterno mostrarán llanto abundante,  
pues falleció el infante don Antonio!

En los escasos textos sobre el personaje, encontramos un testimonio bastante certero, ya que se alude a su profunda extravagancia, pero también a una cierta originalidad en sus versos: “No era en verdad Rabadán uno de aquellos copleros que con sola la facultad de un consonante improvisan cuartetos, décimas, quintillas, acrósticos y ovillejos de pie forzado, no; era un ingenio original, aunque limitado; era todo un poeta extravagante formado por malísimas y multiplicadas lecturas que, como el ingenioso loco de Cervantes, tuvo la desgracia de identificarse con todo lo más ridículo de los poetastros y adoptarlo con una fe verdaderamente quijotesca”.

En el mencionado opúsculo “Apuntes...” se alude a sus “innumerables obras, así impresas como manuscritas, tanto en prosa como en verso” y a las fuentes en que bebió su inspiración: Gracián, el “Polifemo” de Góngora, sor Juana Inés de la Cruz, Villamediana y otros de mucha menor altura. Algunos de sus poemas se conservan en la prensa madrileña del XIX, con temas tan pintorescos como sus sonetos “A la instalación de tribunales” y “A la muerte del juez de imprenta”, cuestiones no muy propicias a altos vuelos poéticos pero en los que Rabadán vertió su singular talento (?). El primero de ellos decía así:

Por la fiera irrupción y cruel tormento  
de los galos herejes infernales,  
ha sufrido la España tantos males...  
¡que solo recordarlos amedrenta!

El cálculo, guarismo ni su cuenta  
jamás liquidaron gruesos anales;  
pues solo la extinción de tribunales  
¡fue otra desdicha que el dolor aumenta!

Compadecido Dios de tantas penas...  
de su recta justicia el brazo alzando,  
nos liberta de grillos y cadenas,  
antiguos tribunales instalando,  
con otras muchas providencias buenas,  
¡inspiradas al justo Rey Fernando!

Antes de su fallecimiento en 1819, tuvo el honor de ser retratado por un pintor cuyo nombre se ignora, y el cuadro figuró en una exposición académica. Reproducido el lienzo en la prensa, ello nos permite conocer el rostro de este raro personaje murciano.